santa Gertrudis la Gran

CIUDAD DEL VATICANO, miércoles 6 de octubre de 2010 (ZENIT.org).- Ofrecemos

a continuación la catequesis que el Papa Benedicto XVI pronunció hoy

durante la Audiencia General, en la Plaza de San Pedro, y que dedicó a

santa Gertrudis la Grande, mística alemana del sigo XIII.

\* \* \* \* \*

Queridos hermanos y hermanas,

Santa Gertrudis la Grande, de la que quisiera hablaros hoy, nos lleva

también esta semana al monasterio de Helfta, donde nacieron algunas de las

obras maestras de la literatura religiosa femenina latino-germánica. A este

mundo pertenece Gertrudis, una de las místicas más famosas, única mujer de

Alemania que lleva el apelativo "la Grande", por su estatura cultural y

evangélica: con su vida y su pensamiento incidió de modo singular en la

espiritualidad cristiana. Es una mujer excepcional, dotada de talentos

naturales particulares y de extraordinarios dones de la gracia, de

profundísima humildad y ardiente celo por la salvación del prójimo, de

íntima comunión con Dios en la contemplación y disponibilidad para socorrer

a los necesitados.

En Helfta se compara, por así decirlo, sistemáticamente con su maestra

Matilde de Hackeborn, de la que hablé en la Audiencia del pasado miércoles;

entra en relación con Matilde de Magdeburgo, otra mística medieval; crece

bajo el cuidado maternal, dulce y exigente de la abadesa Gertrudis. De

estas tres hermanas suyas adquiere tesoros de experiencia y sabiduría; los

elabora en una síntesis propia, recorriendo su itinerario religioso con

confianza ilimitada en el Señor. Expresa la riqueza de la espiritualidad no

sólo en su mundo monástico, sino también y sobre todo en el mundo bíblico,

litúrgico,patrístico y benedictino, con un sello personalísimo y con gran

eficacia comunicativa.

Nació el 6 de enero de 1256, fiesta de la Epifanía, pero no se sabe nada

de sus padres ni de su lugar de nacimiento. Gertrudis escribe que el Señor

mismo le revela el sentido de este primer desarraigo suyo, dice que el

Señor habría dicho: "La elegí por morada mía porque me complazco de que

todo lo que hay de amable en ella sea obra mía []. Precisamente por esta

razón la alejé de todos sus parientes para que nadie la amase por razón de

consanguinidad y yo fuese el único motivo del afecto que la mueve" (Las

Revelaciones, I, 16, Siena 1994, p. 76-77).

A la edad de cinco años, en 1261, entra en el monasterio, como se

acostumbraba a menudo en aquella época, para la formación y el estudio.

Aquí transcurre toda su existencia, de la que ella misma señala las etapas

más significativas. En sus memorias recuerda que el Señor la preservó con

paciencia generosa e infinita misericordia, olvidando los años de su

infancia, adolescencia y juventud, transcurridos escribe: "en una tal

ceguera de mente que habría sido capaz [] de pensar, decir o hacer sin

ningún remordimiento todo lo que me habría gustado y donde hubiese querido,

si tu no me hubieses preservado, sea con un horror inherente por el mal y

una natural inclinación al bien, sea con la vigilancia externa de los

demás. Me habría comportado como una pagana [] y ello aún habiendo querido

tu que desde la infancia, desde mi quinto año de edad, habitara en el

santuario bendito de la religión para ser educada entre tus amigos más

devotos" (Ibid., II, 23 140s).

Gertrudis fue una estudiante extraordinaria, aprendió todo lo que se podía

aprender de las ciencias del Trivio y del Cuadrivio; estaba fascinada por

el saber y se dedicó al estudio profano con ardor y tenacidad, consiguiendo

éxitos escolares más allá de toda expectativa. Si no sabemos nada de sus

orígenes, ella cuenta mucho sobre sus pasiones juveniles: la literatura, la

música y el canto, el arte de la miniatura la cautivan; tiene un carácter

fuerte, decidido, inmediato, impulsivo; a menudo dice que es negligente;

reconoce sus defectos, pide humildemente perdón por ellos. Con humildad

pide consejos y oraciones por su conversión. Hay rasgos de su temperamento

y defectos que la acompañarán hasta el final, hasta el punto de hacer

asombrar a algunas personas, que se preguntan cómo es posible que el Señor

la prefiera tanto.

De estudiante pasó a consagrarse totalmente a Dios en la vida monástica y

durante veinte años no sucedió nada excepcional: el estudio y la oración

fueron su actividad principal. Por sus dotes sobresale entre sus hermanas;

es tenaz en consolidar su cultura en campos diversos. Pero, durante el

Adviento de 1280, empieza a sentir disgusto de todo ello, advierte su

vanidad y el 27 de enero de 1281, pocos días antes de la fiesta de la

Purificación de la Virgen, hacia la hora de Completas, el Señor ilumina sus

densas tinieblas. Con suavidad y dulzura calma la turbación que la

angustia, turbación que Gertrudis ve como un mismo don de Dios "para abatir

esa torre de vanidad y de curiosidad que, ay de mí, aún llevando el nombre

y el hábito de religiosa, había ido elevando con mi soberbia, y al menos

así encontrar el camino para mostrarme tu salvación" (Ibid., II,1, p. 87).

Tiene la visión de un jovencito que la guía a superar la maraña de espinas

que oprime su alma, tomándola de la mano. En esa mano, Gertrudis reconoce

"la preciosa huella de esas llagas que abrogaron todas las actas de

acusación de nuestros enemigos" (Ibid., II,1, p. 89), reconoce a Aquel que

sobre la Cruz nos salvó con su sangre, Jesús.

Desde aquel momento, su vida de comunión con el Señor se intensifica,

sobre todo en los tiempos litúrgicos más significativos Adviento-Navidad,

Cuaresma-Pascua, fiestas de la Virgen aún cuando, enferma, no podía

dirigirse al coro. Es el mismo humus litúrgico de Matilde, su maestra, que

Gertrudis, sin embargo, describe con imágenes, símbolos y términos más

simples y lineales, más realistas, con referencias más directas a la

Biblia, a los Padres, al mundo benedictino.

Su biógrafa indica dos direcciones de la que podríamos definir una

particular "conversión" suya: en los estudios, con el paso radical de los

estudios humanistas profanos a los teológicos, y en la observancia

monástica, con el paso de la vida que ella define como negligente a la vida

de oración intensa, mística, con un excepcional ardor misionero. El Señor,

que la había elegido desde el seno materno y que desde pequeña la había

hecho participar en el banquete de la vida monástica, la vuelve a llamar

con su gracia "desde las cosas externas a la vida interior, y desde las

ocupaciones terrenas al amor por las cosas espirituales". Gertrudis

comprende que ha estado lejos de Él, en la región de la disimilitud, como

dice san Agustín: de haberse dedicado con demasiada avidez a los estudios

liberales, a la sabiduría humana, descuidando la ciencia espiritual,

privándose del gusto de la verdadera sabiduría; ahora es conducida al monte

de la contemplación, donde deja al hombre viejo para revestirse del nuevo.

"De gramática se convierte en teóloga, con la lectura incansable y

cuidadosa de todos los libros sagrados que podía tener u obtener, llenaba

su corazón de las más útiles y dulces sentencias de la Sagrada Escritura.

Tenía por ello siempre dispuesta alguna palabra inspirada y de edificación

con la que satisfacer a quien venía a consultarla, y al mismo tiempo los

textos escriturísticos más adecuados para confutar cualquier opinión

errónea y cerrar la boca a sus oponentes" (Ibid., I,1, p. 25).

Gertrudis transforma todo esto en apostolado: se dedica a escribir y

divulgar las verdades de la fe con claridad y sencillez, gracia y

persuasión, sirviendo con amor y fidelidad a la Iglesia, hasta el punto de

que fue útil y bienvenida para los teólogos y las personas piadosas. De

esta intensa actividad suya nos queda poco, también a causa de las

circunstancias que llevaron a la destrucción del monasterio de Helfta.

Además del "Heraldo del divino amor" o "Las revelaciones", nos quedan los

"Ejercicios Espirituales", una rara joya de la literatura mística

espiritual.

En la observancia religiosa, nuestra santa es "una columna firme ],

firmísima propugnadora de la justicia y de la verdad", dice su biógrafa

(Ibid., I, 1, p. 26). Con las palabras y el ejemplo suscita en los demás

gran fervor. A las oraciones y a las penitencias de la regla monástica

añade otras con tal devoción y abandono confiado en Dios, que suscita en

quien la encuentra la conciencia de estar en la presencia del Señor. Y de

hecho Dios mismo le da a entender que la ha llamado a ser instrumento de su gracia. De este inmenso tesoro divino Gertrudis se siente indigna, confiesano haberlo custodiado y valorado. Exclama: "¡Ay de mí! ¡Si Tu me hubiesesdado para recuerdo tuyo, indigna como soy, incluso un solo hilo de estopa, habría sin embargo debido guardarlo con mayor respeto y reverencia de

cuanta he tenido por estos dones tuyos!" (Ibid., II,5, p. 100). Pero,

reconociendo su pobreza y su indignidad, ella se adhiere a la voluntad de

Dios, "porque afirma he aprovechado tan poco tus gracias que no puedo

decidirme a creer que me hayan sido concedidas para mí sola, no pudiendo tu eterna sabiduría ser frustrada por alguien. Haz, por tanto, o Dador de todo

bien, que me has concedido gratuitamente dones tan inmerecidos, que,

leyendo este escrito, el corazón de al menos uno de tus amigos se conmueva

por el pensamiento de que el celo por las almas te ha inducido a dejar

durante tanto tiempo una gema de valor tan inestimable en medio del fango

abominable de mi corazón" (Ibid., II,5, p. 100s).

En particular, dos favores le fueron más queridos que ningún otro, como

escribe la propia Gertrudis: "Los estigmas de tus saludables llagas que me

imprimiste, como preciosas joyas, en el corazón, y la profunda y saludable

herida de amor con que lo marcaste. Tu me inundaste con estos dones tuyos

de tanta alegría que, aunque tuviese que vivir mil años sin ningún consuelo

ni interior ni exterior, su recuerdo bastaría para reconfortarme,

iluminarme, colmarme de gratitud. Quisiste también introducirme en la

inestimable intimidad de tu amistad, abriéndome de muchas firmas ese

sagrario nobilísimo de tu Divinidad que es tu Corazón divino []. A este

cúmulo de beneficios añadiste el de darme por Abogada a la santísima Virgen

María Madre Tuya, y de haberme recomendado a menudo a su afecto como el más

fiel de los esposos podría recomendar a su propia madre su esposa querida"

(Ibid., II, 23, p. 145).

Dirigida hacia la comunión sin fin, concluyó su vida terrena el 17 de

noviembre de 1301 o 1302, a la edad de casi 46 años. En el séptimo

Ejercicio, el de la preparación a la muerte, santa Gertrudis escribe: "Oh,

Jesús, tu que me eres inmensamente querido, estate siempre conmigo, para

que mi corazón permanezca contigo y tu amor persevere conmigo sin

posibilidad de división, y mi tránsito sea bendecido por tí, de modo que mi

espíritu, libre de los lazos de la carne, pueda inmediatamente encontrar

reposo en ti. Amen" (Esercizi, Milán 2006, p. 148).

Me parece obvio que estas no son sólo cosas del pasado, históricas, sino

que la existencia de santa Gertrudis sigue siendo una escuela de vida

cristiana, de recta vía, que nos muestra que el centro de una vida feliz,

de una vida verdadera, es la amistad con Jesús el Señor. Y esta amistad se

aprende en el amor por la Sagrada Escritura, en el amor por la liturgia, en

la fe profunda, en el amor por María, de forma que se conozca cada vez más

realmente a Dios mismo y así la verdadera felicidad, la meta de nuestra

vida. Gracia